

Me piden, papás y mamás del Instituto América, que les cuente mi vida.

Poco les puedo contar de mí. Mi vida fue muy normal. Lo único extraordinario fue mi hijo Jesús.

Yo nací en Nazaret, una aldea del pequeño país de Israel. Entonces éramos un pueblo sometido a los romanos aunque con una cierta libertad.

Mi vida habría sido la normal de cualquier mujer de mi tiempo a no ser por Dios, que sin yo merecerlo, y en el fondo si saber en qué me metía, me escogió como madre de su Hijo. Y yo acepté.

Les contaré cómo fue, porque los pintores, que tienen mucha imaginación y hacen bien en tenerla, me han pintado con mantos bordados carísimos, leyendo un libro lujosamente encuadernado, aunque entonces no había libros así, y a mi lado pintan a un ángel de alas blanquísimas, y con un vestido muy caro atravesando columnas y cortinas de un palacio. Y el ángel guapísimo llega para darme el mensaje de Dios.

La verdad es que el acontecimiento fue muy normal. Yo era muy joven, quizá tenía 16 años. No me acuerdo de lo que estaba haciendo en ese momento; pero ciertamente estaba en mi casa cuando de pronto sentí en mi interior algo extraordinario en mi interior, sentí que Dios me decía algo..., que Dios me pedía algo..., que Dios quería algo especial de mí y de mi vida, y como iluminada por un fuego interior, me dí cuenta que Dios mi Padre quería que fuera la Madre de su Hijo..., y simplemente le dije Sí: "Aquí tienes a tu esclava, hágase en mi según tu palabra". Creo que estas palabras le dije. Ahora que les cuento esto, me percaté de que mi Sí no lo pensé mucho, fue como una fuerza irresistible, como un grito en mi corazón, como una necesidad imperiosa de aceptar la invitación de mi Padre Dios. Y dije que Sí. Y toda mi alma y mi cuerpo se transformaron en ese preciso momento. A las pocas semanas no sabía qué estaba pasando en mi cuerpo; pero ciertamente me sentía diferente. A ratos me sentía mareada, otros días me sentía con mucha hambre y muchas veces se me revolvió el estómago.

Soñaba que ya era mamá, soñaba que tenía a mi hijo en brazos y que ese pequeñito era el Hijo de Dios. Soñaba que mi familia se enojaba conmigo pero que a mí no me importaba y seguía mi camino un poco solita pero llena de mi Dios.

Por esos mismos días me enteré de que mi prima Isabel, que vivía cerca de Jerusalén, iba a tener un hijo y me fui a su casa a ayudarla. Cuando me fui a casa de mi prima, ya no tenía malestares estomacales, y sentía la nueva vida que llevaba en mi vientre.

No sé cómo Isabel se enteró de lo mío pero cuando me vio, comenzó a decir unas cosas que me asustaron mucho:

Bendita tú entre las mujeres.

Bendito el fruto de tu vientre.

Tú eres la madre de mi Señor.

Serás dichosa de generación en generación. Y muchas cosas bonitas más.

Le agradecí su saludo y los cumplidos; y llena de susto, le agradecí a Dios mi Salvador, por todo lo que me estaba pasando, por lo que había hecho en mi interior y en ese momento una nueva luz iluminó mi corazón. Fue algo así como que una voz me decía suavemente que esto que estaba viviendo, esto que experimentaba mi persona sería una fuente de bendiciones para todos mis hermanos, que mi maternidad sería en beneficio y en favor de mi pueblo y de todos los pueblos de la Tierra.

Claro que todavía no sabía bien en qué lío me había metido, pero pronto lo vi.

José, mi prometido, se enteró de mi embarazo sin que yo se lo tuviera que decir. Se imaginan las que hubiera pasado si hubiera tenido necesidad de platicarle. Es más no hubiera podido porque yo misma no me lo explicaba. Y el pobre de José, ¡qué mal la pasó y la pasó! Cuando se acercó a mí y me preguntó, yo no sabía qué decirle... cómo contarle... de qué forma explicarle que lo mío era algo extraordinario que me había sucedido por parte de Dios. Claro que no le dije que una palomita que era el Espíritu Santo descendió sobre mí, no me hubiera creído. Sólo le dije que todo fue algo maravilloso y fuera de toda explicación. No sé si me creyó eso que ni yo misma sabía cómo había sido. Menos mal que todo se arregló. Debió de tener un sueño del Señor o algo parecido que un día se acercó hasta mí y sin preguntar más me dijo que me quería mucho, que me respetaría y que me cuidaría siempre. La cosa es que pronto nos casamos y nunca más volvimos a hablar del tema. Cuando yo quería platicarle, ya con nuestro hijo en brazos, simplemente me decía, ya lo sé todo, ¿a poco crees que nada más a ti te puede dar explicaciones Dios nuestro Padre? Y seguí en lo suyo.

Antes de que mi hijo naciera. Un día mientras hacíamos planes para nosotros y para mi hijo, llegó una orden del emperador de Roma mandando que nos censáramos todos, no que iba a llegar una persona a censarnos, sino que debíamos ir hasta la propia ciudad para que nos anotaran en el censo. José y yo, que estaba a punto de tener a mi hijo, tuvimos que ir a Belén que está a ciento y pico de kilómetros de Nazaret. No saben lo que sufrí en ese viajecito. Yo era delgada y mi barriga estaba muy grande. A ratos caminaba, a ratos me subía en un burrito que nos prestaron, y muchos ratos descansaba. José sólo suspiraba y no sabía qué hacer.

Finalmente llegamos después de muchos días durante los cuales yo ya me quería aliviar y olvidarme del dichoso censo. Pero llegamos a Belén, y las dificultades siguieron. Yo pensaba que en cuanto llegara al pueblo, todo se resolvería tranquilamente. Pero no. Que no había lugar en casa de los familiares, que en las posadas tampoco había lugar, que mucha gente había llegado y todo estaba ocupado. Y pues se hizo lo que se pudo y en una cueva, a las afueras del pueblo, nos quedamos a pasar la primera noche y ahí nació mi hijo al que llamamos Jesús.

Ya ni les platico las que pasamos. Gracias a Dios que en la cueva había unos pastores y con la ayuda de ellos y de otras mujeres más grandes que yo di a luz a un bebé liadísimo, bueno eso decimos todas las mamás. Si no hubiera sido por esas personas, no sé qué hubiera pasado, aunque yo sabía que estábamos en manos de Dios.

Qué más les platico. Que durante nuestra vida los tres fuimos emigrantes. Anduvimos de un sitio para otro, a ratos huyendo y a ratos buscando el pan nuestro de cada día, hasta que por fin nos asentamos en Nazaret.

Aquí transcurrió la mayor parte de mi vida y la de mi hijo. José fue un excelente papá para Jesús. Le enseñó lo que un verdadero judío tiene que vivir para agradar a Yahvéh y ser fiel a su pueblo. Yo gozaba tanto viéndolos jugar y discutir. Fueron unos años tranquilos, de vida familiar, de trabajo callado, de alegrías y penas como las que hay en todos los hogares del mundo. Sólo una vez Jesús nos dio a José y a mí un gran susto. Fue cuando a los doce años, al visitar el templo de Jerusalén, se nos perdió. ¡Qué angustia! ¡Qué ansiedad! ¡Qué miedo vivimos hasta encontrarle! Créanme que en ese momento, entre el miedo, la angustia y la desesperación, no entendí las palabras de Jesús. Al final me dijo, Mamita, ya después entenderás lo que te estoy diciendo, ahora sólo guarda en tu corazón lo que te digo.

Luego la vida transcurrió normal hasta que Jesús cumplió los treinta años más o menos. Un día sintiendo él también una fuerte llamada de Dios, decidió dejarlo todo para realizar su misión. Y me quedé sola. José había muerto hacía ya algunos años. Murió joven y nunca supimos de qué enfermedad murió. Lo que si puedo decirles es que Jesús lloró mucho y que él se hizo cargo del negocio familiar que teníamos: la carpintería.

Y en adelante yo estaría solita y mi alma. Mi familia, al principio, me ayudó; pero luego empezaron a decir de Jesús que era la vergüenza de la familia... que nos podía perjudicar... que estaba loco... y quisieron recluirlo en un lugar alejado en donde estaban los locos y los leprosos.

Yo siempre confié en él, aunque tengo que confesarles que no le entendía del todo, sus palabras me desconcertaban, sus actos me dejaban perpleja; no obstante cuando algo suyo me resultaba difícil de comprender, lo metía en mi corazón y allí le iba dando vueltas y vueltas hasta que se hacía luz en mí, como cuando se me nos perdió en el templo. Siempre le dejé que fuera él mismo y que cumpliera la misión para la que había venido. Aunque cada día veía más claro que eso le iba a costar la vida.

Yo le acompañé muchas veces en sus trabajos y predicaciones. Un día le pedí que ayudara a unos pobres novios que en su fiesta se les acabó el vino, y menudo problema tuvieron para explicar por qué habían dado el vino malo primero y en seguida el vino bueno. Jesús, recuerdo, me dijo que yo no me metiera en sus terrenos; pero a fin de cuentas uno es mamá y se da cuenta de cuando los hijos nos pueden hacer caso y cómo moverlos para que nos hagan caso.

Otra vez me quedé asombrada cuando me dijo que yo era grande no por ser solamente su mamá sino porque yo sí escuchaba y cumplía la Palabra de Dios. Había muchas gente ese día a su alrededor y unos primos de él lo querían saludar y yo estaba con ellos y algunos muy vivillos, para hacerse paso, le gritaron que nosotros lo queríamos saludar, y fue cuando mi hijo dijo en voz muy alta como para que lo escucharan todos: mi madre es ella, y es una mujer muy grande no sólo por ser mi mamá sino porque es fiel a la voz de mi Padre Dios que también es su Padre.

Y efectivamente su misión le costó la vida. Ya no los entretengo con más detalles, sólo les digo que estar junto a su cruz fue tremendo. Es como estar junto a la cama del hijo que se muere, pero yo ni siquiera podía acariciarle la frente, ni darle un poco de aire, ni espantarle las moscas... sólo aguantar las carcajadas de los soldados... ver gotear su sangre sobre las piedras... sentir vibrar la madera con los estertores de la agonía... todavía lo recuerdo y me estremezco, y me quiero morir. Ya mejor no quiero hablar de eso. Fue un dolor tan intenso tener su cuerpo sin vida en mis brazos, enterrarlo a toda velocidad para cumplir con la letra de la ley, dejarlo en el sepulcro e ir a escondernos porque no sabíamos qué pasaría más adelante. Ya no quiero hablar de eso.

Mejor les platico que ahí donde murió él y ahí nacieron ustedes como hijos míos. Desde entonces siempre he estado con ustedes. Primero con los que fueron sus discípulos, animándolos a creer en lo que parecía imposible: que resucitaría de entre los muertos. Luego, el día en que descendió el Espíritu del Señor en formas de lenguas de fuego el día que llamamos Pentecostés. Ahí estuve recibiendo con ellos el Espíritu Santo. Y ya, en los últimos días de mi vida terrena, compartiendo todo con ellos. Desde entonces soy también madre de ustedes los hermanos de mi Hijo Jesús porque son Hijos de Dios también como él.

Y hoy también estoy con ustedes, alegrándome de sus éxitos, animándolos en sus luchas y llevando ante a Jesús sus problemas. Lo mismo que realicé hace ya mucho tiempo con esa pareja de novios de Caná a los que les faltó el vino que les platicué.

Esta fue mi vida, sencilla y normal. Y aunque las gentes de todos los siglos me han llamado "Bienaventurada", "Dichosa", "Santa",... la verdad es que, si he sido algo en mi vida, se lo debo al Todopoderoso que se fijó en mí. Él sí que es grande ¡Hijos, míos no se cansen de alabarle!